

Nosotras
en el
Escenario

Mi maestra

ERÉNDIRA URBINA

Elvira Hernández Carballido

Hace algunos años, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, en un salón de clases se desarrollaba la siguiente escena.

-¿Qué importancia tiene hacer una tesis sobre las mujeres periodistas del siglo XIX?

La pregunta me tomó por sorpresa. Me sentí incomprendida y apenas pude musitar: Bueno maestra, no creo que estemos porque sí estudiando para periodistas. Alguien tuvo que abrirnos el camino.

- Pues tienes que ampliar esa justificación y estar segura que tu tema vale la pena,

Gulp. Estaba a punto de terminar la carrera en ciencias de la comunicación y por convicción propia me inscribí en la materia de "Taller de Investigación en Comunicación". No sabía nada de la profesora titular, sólo que se llamaba Eréndira Urbina, pero cuando ella entró al salón y presentó su temario estuve segura que era la clase perfecta para finalizar la carrera con el proyecto de tesis en mano.

Aunque el proyecto ya lo había presentado en otra materia, sus críticas y cuestionamientos me convencieron de que tenía que respaldar mejor mis observaciones, explicar por qué las mujeres periodistas existían pero no eran nombradas en los libros de historia del periodismo nacional, tenía que investigar más.

Y vaya si lo hice, la maestra me había picado el "amor propio" y quería convencerla de mi tema. Además, ella era una persona que exigía un trabajo académico serio, profundo, bien sustentado, porque a todos mis compañeros les exigió lo mismo. Algunos huyeron despavoridos ante la gran responsabilidad. Muy pocos aceptamos su reto.

Clase tras clase fui aprendiendo, su ojos grandes, su tez morena, su cabello rizado, su manera formal de vestir, su voz ronquita formaron parte natural de los martes y jueves de 11 a 13 horas de aquella época.

Los poquitos que seguimos con ella nos dimos cuenta que teníamos delante de nosotros a una mujer inteligente, estricta pero comprensiva, conocedora de la metodología en investigaciones en comunicación y cada cuadro sinóptico que escribía en el pizarrón resumía a la perfección los pasos necesarios para realizar un proyecto de tesis. Quizá por eso desde entonces no se me complica tanto redactar una justificación o plantear una hipótesis.

A los pocos meses, mi trabajo la convenció y yo valoré sus correcciones, sus llamadas de atención. Un compromiso silencioso había surgido entre las dos: hacer un buen trabajo académico.

Fue así como después de sus clases me invitaba a su cubículo, ya sea para seguir discutiendo mi trabajo, para cuestionarme aspectos que yo los daba por entendidos, y también compartíamos otro tipo de pláticas, me hablaba con orgullo de su único hijo, de sus viajes, de sus planes.

Pese a esa simpatía nunca confundió amistad con formación académica. Recuerdo cuando nos hizo examen oral a todo el grupo, cuando me regañó por no haber llevado la tarea y sus observaciones finales a mi tan citado proyecto de tesis.

Al salir de la facultad dejé de verla y cuando hacía los trámites para titularme la encontré varias veces, su sonrisa de satisfacción al contarle mis avances resulta fácil de recordar.

Tuvo que pasar un buen tiempo para volverla a ver, en esta ocasión formaba parte de la Comisión Dictaminadora que elegiría a una de las cuatro profesoras que concursábamos por una plaza académica. No sabía que ella era jurado de ese concurso y en la primera de las pruebas, dar clase en quince minutos ante un grupo, cuando la ví entrar al salón me sentí más segura, sobre todo cuando me guiñó un ojo o cuando al finalizar mi exposición apretó solidariamente mi brazo. No me quedé con la plaza, pero años después me confió lo mucho que le gustó mi demostración de conocimientos.

Volvió a darme clases cuando estudié la maestría en ciencias de la comunicación, y entonces me enteré que estaba enferma. Lo supe porque llevaba diversos relojes con alarma para que le recordaran la hora justa de tomar sus medicamentos. Pese a su enfermedad jamás faltó a clase, creo que la motivaba mucho llegar, vernos, oírnos, discutir, aclararnos dudas, provocar reflexiones, contribuir a nuestro crecimiento académico. A las cuatro en punto, estaba ya en el salón, lista para escucharnos, para orientarnos.

En ocasiones los temas de clase daban para comentar cuestiones personales, así compartimos gustos en música, consejos maternos y proyectos académicos. Fue cuando supe que ella se había titulado como licenciada en administración pública y tenía su maestría en ciencias de la comunicación. Era candidata a doctora en sociología.

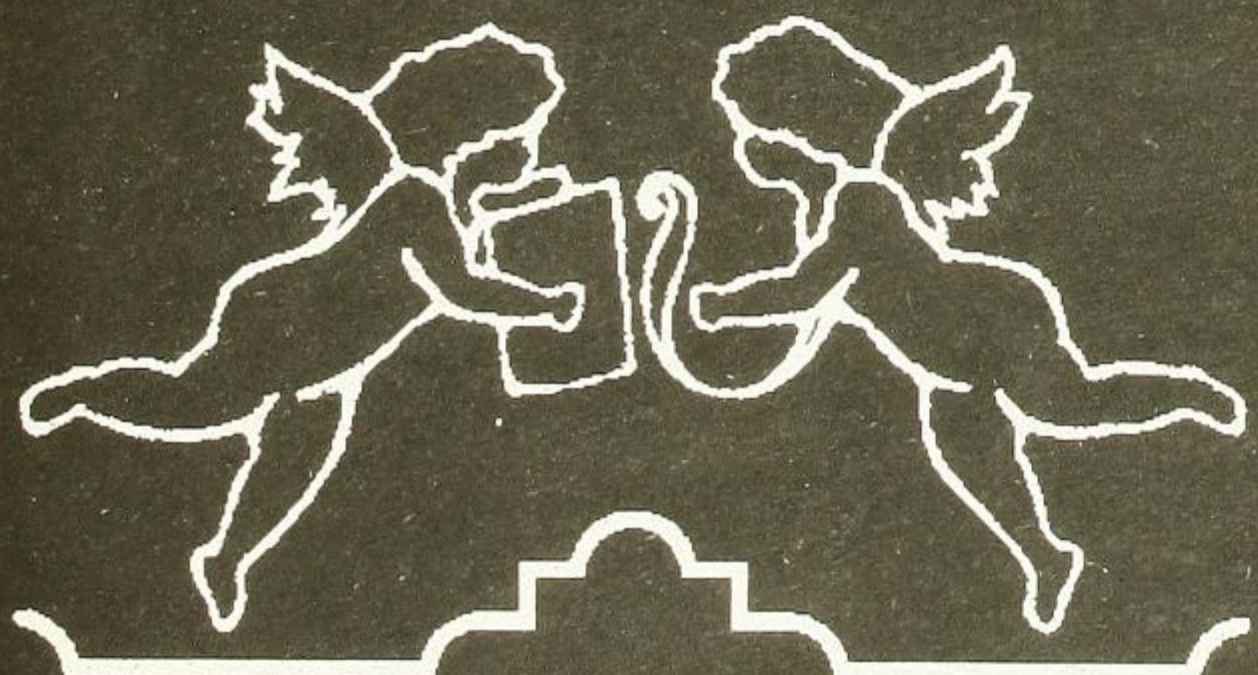
Por cuestiones académicas su curriculum llegó a mis manos, así me enteré que su

especialidad eran las políticas de comunicación y cultura. Profesora asociada B de tiempo completo, pertenecía a la comisión especial encargada de la modificación de los planes de estudios de la Maestría en Ciencias de la Comunicación y la creación del doctorado en la misma área.

En 1959 inició su trayectoria académica, publicó varios trabajos en diversas publicaciones, asesoraba muchas tesis, fue presidenta de la comisión local de la licenciatura de ciencias de la comunicación para el cambio de plan de estudios, pertenecía al Colegio Nacional de Administración Pública así como al Colegio de Sociólogos de México y al Colegio Interamericano de Sociología.

Sin duda fue una profesora respetada, querida y admirada por muchos, al menos yo guardo buenos recuerdos de ella, por eso el día que me avisaron de su muerte, el corazón me dio un vuelco, maldije al cáncer y lloré un buen rato. Baruch me consoló con la inocencia comprensiva de un buen niño. "No llores mami, si tu maestra se murió le puedes dejar un regalito en tu altar de muertitos, si quieres yo le dejo un gis".

En honor a su memoria escribo este pequeño texto, me inspira el corazón y el dolor humano. Así pues, mi maestra Eréndira Urbina nos dejó tristes, indignados porque todavía tenía mucho qué hacer (doctorarse, asesorar más tesis, convivir con su marido e hijo, formar a más comunicólogos), pero el recuerdo nos la devuelve intacta y este pequeño homenaje que quiero rendirle me la vuelve a hacer cercana. Querida maestra, jamás la olvidaré. *Jem*



FONDA SAN ANGEL

RESTAURANTE • BAR

MAS ALLA DE LA BUENA COCINA...

EN EL CORAZON DE SAN ANGEL

DESAYUNO • COMIDA • CENA

**PLAZA SAN JACINTO # 3. SAN ANGEL
JUNTO AL BAZAR DEL SÁBADO**

TELS.:

550•16•41 550•17•21 550•19•42